

# La política distribuida de los rebeldes del presente: la acción en la era de la Web 2.0

Documento de trabajo No. 4

Benjamin Arditi (barditi@unam.mx )

Agosto 2015



Este documento fue realizado dentro del marco del proyecto PAPIIT IN 308313 “Política viral y redes: invención y experimentación desde el Magreb al #Yosoy132”, financiado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM y basado en el Centro de Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados 2015. Este documento puede ser reproducido con fines no lucrativos, siempre y cuando no se mutile, se cite la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución.



## Introducción

Insurgencias como la Primavera Árabe, los indignados españoles del 15M, #YoSoy132 y más recientemente las protestas por la desaparición de 43 estudiantes en Ayotzinapa, México, pueden ser vistas como respuestas a crisis económicas y políticas, pero también como síntomas de un desplazamiento en las maneras de ver, hacer y ser juntos. Algunos de los activistas que participan en estas insurgencias vienen de organizaciones sociales y sindicales, pero muchos de ellos son “desorganizados” que usan las redes sociales para reducir el costo de acceso a la esfera pública, socializar información y coordinar acciones en el ciberespacio o en las calles en tiempo real. Desconfían de los partidos y los políticos profesionales. No es que éstos o las organizaciones y movimientos sociales se hayan vuelto obsoletos sino que otros modos de conectar a la gente entre sí adquieren fuerza para coordinar acciones.

Para pensadores como Antonio Negri y Michael Hardt (2012) así como Paolo Virno (2003) lo anterior es una constatación del surgimiento de la multitud, un sujeto político sui generis dado que se define a sí mismo como un conjunto de singularidades que subsisten como tales en la esfera pública sin generar un “uno” por encima de esas singularidades. Hay algo de esto en las insurgencias del presente, pero la idea de la multitud también se asocia con un éxodo del Estado y la representación política, además de que es renuente a pensar el momento de negatividad de las oposiciones que generan bandos contrapuestos y figuras de lo “uno”. Mi lectura se desmarca de la de la multitud en la medida en que no excluye las relaciones antagónicas entre colectivos de nosotros y ellos, y tampoco concibe al Estado o la conformación de un “uno” como lastre para una política transformadora. La denomino conectividad viral o distribuida, un modo de acción siempre impuro que se mezcla con otros en un proceso de experimentación práctica sin fin. Florece en la intersección entre el espacio físico de calles, plazas e instituciones por un lado y, por el otro, el virtual de las redes sociales que sirven para convocar y coordinar acciones colectivas. Operamos ya en un escenario de acción multimodal en el que las redes son un facilitador del cambio y no el sucedáneo o nuevo terreno en el que éste ocurre.

Mi punto de partida para elaborar esta lectura del presente es una frase utilizada por el presidente ecuatoriano Rafael Correa: “América Latina y el Ecuador no están viviendo una época de cambios, están viviendo un verdadero cambio de época.” La frase sirve para abrir una discusión acerca de cómo entender un cambio político y el sentido del mismo. Descarto la lectura jacobino-leninista de cambio como ruptura sin residuos (el esquema de insurrección, derrocamiento y refundación total del orden) y opto por verlo como devenir-otro de la política.

En este devenir-otro se desplazan los mapas cognitivos a través de los cuales pensamos la acción colectiva. En vez de circunscribirla a partidos y movimientos, incluimos ahora a colectivos evanescentes o circunstanciales que generan espacio público e intentan cambiar el statu quo. Las redes sociales son parte de esto. Funcionan como medio de

organización para acceder a la esfera pública sin necesidad de contar con organizaciones pre-existentes con reconocimiento jurídico o validación electoral. El devenir-otro nos arroja en un presente post-liberal, sólo que a diferencia de una visión jacobina, no concibe el convertirnos en otra cosa como un abandono de lo que estamos dejando de ser: el prefijo “post-” del escenario post-liberal no rompe con la representación política que heredamos de la democracia liberal sino que reconoce que la política se desenvuelve en un escenario más complejo que incluye pero trasciende el marco liberal. Se experimenta con formas assemblearias de la democracia y con modos no electorales de empoderamiento sin abandonar a la ciudadanía electoral.

El segundo tema que examino es el desplazamiento de la visión habitual de la gobernanza. Para la literatura, los socios del gobierno son actores ya constituidos y reconocidos: ONG, especialistas del mundo académico, grupos empresariales, etc. Pero el espacio multimodal, esto es, físico y digital, incluye también a una gama de *stakeholders* o actores interesados que se hacen presentes en el espacio público a pesar de no contar con una existencia jurídico-política. Para usar un oxímoro, son agrupaciones o colectivos de gente desorganizada. #YoSoy132 en México es un ejemplo de esto: se convirtió en interlocutor de los participantes en la campaña presidencial de 2012 a tal punto de ser anfitriones del primer debate público entre 3 de los 4 candidatos. Hoy los *stakeholders* son también comunidades de acción transitorias que generan un esquema de gobernanza ad hoc.

Luego analizo el impacto de las redes sociales sobre la política mediante un paralelo con el trabajo de Marshall McLuhan sobre medios de comunicación: a las redes sociales la máxima de que el medio es el mensaje le calza como anillo al dedo. Esto se debe a que la Web 2.0 y los instrumentos de acceso a ellas han ido modificando nuestra manera de comunicarnos y articularnos entre nosotros. Son parte de nuestro “exocerebro”, un término que Roger Bartra usa para describir a un soporte simbólico externo.

De ahí procedo a examinar cómo las redes abaratan el costo de acceso en la esfera pública, aumentan la densidad comunicacional, reduce los riesgos personales de la participación, hace que la información circule a velocidades vertiginosas y que el esquema de acciones/respuestas sea igualmente veloz, sirve para empoderar para exigir rendición de cuentas de las autoridades y genera un lugar de enunciación política novedoso, el del *espectador*. Este neologismo fue acuñado por Augusto Boal para repensar la relación entre actores y público en el teatro. Lo adapto para las acciones generadas a través de las redes ya que en ellas los espectadores también actúan, subvirtiendo y redefiniendo la escisión entre quienes hacen y quienes observan.

En las dos últimas secciones propongo un modelo para visualizar la manera en que se ensamblan colectivos y cómo se comunican entre sí estos actores ad hoc que están poblando el escenario post-liberal de la política. Esto se puede desarrollar a partir del rizoma o sistema de entradas múltiples sin un centro fijo de Gilles Deleuze y Félix Guattari. Es la visión más filosófico-política de los colectivos evanescentes del presente. La multitud

es básicamente un rizoma. Otra vertiente, que es la que uso aquí, es la noción de comunicación distribuida de Paul Baran. Como en los rizomas, la coordinación del conjunto no depende de un centro pues cada nodo funciona como unidad de comando y control. Voy a introducir algunas modificaciones en el esquema de Baran para desarrollar una imagen de pensamiento de la conectividad viral en las manifestaciones políticas recientes. También me servirá para generar una figura de sociedad que no prescinde pero tampoco depende de una topografía tradicional que distribuye actores y espacios de interacción de acuerdo con la fórmula tripartita de Estado, sistema político y sociedad civil. En vez de una topografía de niveles tendremos una cartografía de ámbitos de acción diferenciados.

### **Época de cambio versus cambio de época.**

En su discurso inaugural de enero de 2007 el presidente Rafael Correa usó una frase que circuló por las redes sociales. Dice así: “América Latina y el Ecuador no están viviendo una época de cambios, están viviendo un verdadero cambio de época.” La frase refleja la euforia de una victoria electoral contundente que abría la posibilidad de cumplir con su promesa de refundar a la república a través de un proceso constituyente. También se la puede interpretar a la luz de que Ecuador se sumaba al giro a la izquierda iniciado en 1998 en Venezuela luego de la victoria electoral de Hugo Chávez y cimentado posteriormente por las de Lula en Brasil y Evo Morales en Bolivia, para mencionar sólo algunos casos. Pero la frase acerca del cambio de época adquirió resonancia internacional luego de que fuera retomada por académicos estadounidenses asociados con los estudios culturales, subalternos y post-coloniales. Walter Mignolo (2007) la usó como eje de un artículo sobre el rebasamiento de la distinción izquierda-derecha y lo que denomina “giro decolonial”. Arturo Escobar (2010) la retoma también en un extenso artículo sobre la izquierda, el desarrollismo y el post-liberalismo.

### *El cambio como devenir-otro, no como ruptura jacobino-leninista*

Todo esto es muy sugerente, pero, ¿en qué radica la diferencia entre una época de cambio y un cambio de época? Correa no lo dice. Deja que la fuerza evocativa de la frase haga el trabajo de persuasión en la imaginación de su audiencia. Esto funciona bien en un discurso político, pero los protocolos de una investigación exigen decir algo más al respecto. El referente habitual es la visión jacobina del cambio entendido como una ruptura que hace tabla rasa con el pasado para reconfigurar el mundo. Pero las rupturas no son limpias, por lo que lo nuevo nunca resulta ser absolutamente novedoso. Como señala Jacques Derrida, “Los cortes se reinscriben siempre, fatalmente, en un viejo tejido que hay que continuar destejiendo interminablemente. Esta interminabilidad no es un accidente o una contingencia; es esencial, sistemática y teórica” (Derrida 1977: 33). En otras palabras, no hay discontinuidades sin residuos. Todo proceso de cambio, no importa cuán radical sea, siempre va a estar contaminado por aquello que quiere dejar atrás. Los

franceses y los rusos intentaron refundar su sociedad mediante sendas revoluciones pero reprodujeron relaciones que pensaban que irían quedando por el camino.

Hay otras maneras de pensar el cambio sin apelar al referente jacobino de una refundación total. Por ejemplo, la noción de devenir-otro de Gilles Deleuze, quien la desarrolla a partir de una distinción entre la analítica y lo actual. “En todo dispositivo”, dice, “debemos desenmarañar y distinguir las líneas del pasado reciente y las líneas del futuro próximo, la parte del archivo y la parte de lo actual ... la *parte de la analítica y la parte del diagnóstico*” (Deleuze 1990: 160). La analítica es lo que somos y también lo que ya estamos dejando de ser. Lo actual es aquello en lo que nos estamos convirtiendo (159-160), nuestro devenir-otro, una otredad que no siempre tiene una figuración precisa y obviamente no tiene un punto de llegada preestablecido. Pero también es algo inminente pues ya está aquí. Como dice Deleuze, “No se trata de predecir, sino de estar atento a lo desconocido que llama a nuestra puerta” (160).

A primera vista esto parece ser demasiado general dado que el devenir prácticamente define nuestra condición humana: siempre estamos dejando de ser lo que somos para convertirnos en otra cosa, aunque sólo sea como consecuencia del paso del tiempo. Pero Deleuze no habla del devenir en sentido genérico sino que pone en juego la distinción y relación entre el presente y lo actual. Podemos verlo a través de imágenes de la política, comenzando por el presente o lo que somos, que muchos describen como liberal o liberal democrático. Esto se debe a que se suele considerar como político a lo que ocurre en el marco de la ciudadanía electoral, la representación política y la relación entre gobierno y oposición. La evidencia es contundente: la gente vota, los partidos compiten por nuestra atención, los gobiernos cambian o continúan gracias a procesos electorales, los congresos y parlamentos se vuelven arenas de polémica y negociación de leyes y partidas presupuestarias, y así por el estilo. Sin embargo, la política siempre rebasó el marco de las elecciones. Cuando el Estado liberal se consolidó a mediados del siglo XIX los campesinos, obreros y mujeres no eran considerados dignos de ser contados como ciudadanos, sea por los temores de la clase dominante de perder su dominancia o por los prejuicios sexistas. La acción política de mujeres y trabajadores se desarrolló por fuera del sistema político liberal y cuando ingresaron en él lo hicieron gracias a sus luchas y no por la generosidad de quienes gobernaban. Por eso el Estado era liberal, pero no democrático, como bien dice C. B. Macpherson (1968: 18-20). Los ejemplos contemporáneos de una política por fuera de la representación electoral son los movimientos en torno a la igualdad de género, la erradicación del racismo y el combate a la homofobia, entre otros. La conclusión es que la política liberal puede ser lo que somos, nuestro presente, pero también es lo que ya habíamos comenzado a dejar de ser desde que se consolidó el Estado liberal.

En contraste con esto, lo actual o nuestro devenir-otro se refiere a aquello en lo que nos estamos convirtiendo, que se perfila como el surgimiento gradual de un escenario postliberal. No lo digo porque la representación partidaria esté ausente de este escenario. No lo está: la gente sigue yendo a las urnas. Es más bien porque coexiste con otras formas

de acción colectiva entre las cuales encontramos la comunicación y la conectividad viral o distribuida.

Si aceptamos ver el cambio como devenir-otro, ¿cómo podríamos fechar su inicio o incluso afirmar que una transformación se halla en curso? ¿Hay alguna manera de medir el tránsito del presente a lo actual? Las preguntas son legítimas, pero posiblemente también un poco injustas dado que es difícil medir un cambio, incluso si adoptamos una perspectiva jacobina. Por ejemplo, las revoluciones: ¿cómo saber cuándo comienzan y terminan? La respuesta parece ser evidente: comienzan con una insurrección y terminan con la caída del régimen. Pero lo evidente no siempre lo es. En la revolución moderna por antonomasia, la francesa, ¿la fechamos con la toma de la Bastilla en 1789 o debemos retrasar su desenlace hasta 1791, cuando se promulga la constitución, o tal vez hasta un poco más tarde, 1793, cuando le cortan la cabeza a Luis XVI, o incluso hasta 1794, cuando ejecutan a Robespierre y Saint Just y termina el periodo del Terror?

Lo que se desprende de esto es que no debemos extrañarnos de la dificultad de distinguir entre el presente y lo actual de manera contundente. Las nuestras son identidades y experiencias políticas que se hallan en un perpetuo tránsito entre lo que somos y lo que estamos deviniendo. Se forjan en el camino que se abre entre, por un lado, lo que somos y a la vez lo que estamos dejando de ser y, por el otro, aquello en lo que aún no nos hemos convertido. Lo que somos y el devenir-otro pasan a ser una especie de blancos móviles y cambiantes que podemos describir pero no definir taxativamente. Ambos carecen de existencia política relevante fuera de una polémica.

*1968 como detonante, las insurgencias de 2011 en adelante como síntomas*

Pero esto no impide postular una aproximación tentativa a este asunto. Tomo como detonador de nuestro devenir-otro político al cúmulo de experiencias que asociamos con el significativo 1968. Lo hago porque condensa una serie de trazos de lo que somos y a la vez de lo que estamos dejando de ser. Como en 1968, nuestro presente está habitado por demandas de participación electoral y de otro tipo, por el cuestionamiento de jerarquías anquilosadas, por un deseo por ejercitar el pensamiento crítico, por disputas acerca de la separación entre lo personal y lo político y entre lo público y lo privado, y así por el estilo. Y como en 1968, nuestra actualidad o devenir-otro se nos presenta como una apertura hacia lo posible que se manifiesta a través de la experimentación con modos de hacer política al margen de la representación y de la articulación de colectivos en torno a los partidos.

Algunos síntomas de este devenir-otro se han convertido ya en lugares comunes. Me refiero a las insurgencias de 2011 en el Magreb, las acampadas de Plaza del Sol y otros lugares emblemáticos ocupados por los indignados españoles del 15-M y Occupy Wall Street (OWS). También la defensa del Parque Gezi en Estambul durante 2013. En México el ejemplo es #YoSoy132, un fogonazo de activismo e imaginación en medio de la

campaña presidencial de 2012. Su propósito declarado fue resistir la imposición del candidato presidencial impulsado por las grandes empresas privadas de comunicación.<sup>1</sup> En Brasil es el Movimiento Passe Livre de 2013 que movilizó a gente que nunca había salido a las calles a protestar y ahora lo hacía en cerca de 90 ciudades. Su detonante fue el aumento del pasaje pero luego se amplió para incluir la denuncia de la corrupción y la indignación ante la desigualdad. Más recientemente están las movilizaciones en torno a la desaparición de 43 estudiantes normalistas de la localidad de Ayotzinapa en México. El 26 de septiembre de 2014 el alcalde de la ciudad de Iguala, donde se manifestaban, ordenó a la policía municipal que los detenga para entregarlos a sicarios de un cártel de narcotraficantes. La respuesta de la gente fue estruendosa y continua. Estudiantes, sindicatos y gente “desorganizada” se movilaron en incontables protestas y actividades para presionar a l gobierno que encuentre con vida de los normalistas.

Estas experiencias son poderosas e innovadoras, pero su linaje se remonta un par de décadas atrás. Sus antecesores son las acciones de los guerreros globales que adquirieron visibilidad a partir de 1999 con la protesta de Seattle en contra del comercio libre a costa de la equidad, la salud y el empleo; la “Guerra del Agua” en Cochabamba para revertir la privatización del agua potable en 2000, poniendo en cuestión la política de ajuste neoliberal del gobierno boliviano; las protestas argentinas de 2001 ante el desempleo, la corrupción y el descalabro económico que se sintetizan en la consigna de “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”.

Hay diferencias entre estas experiencias de lucha, pero también rasgos compartidos. Menciono algunos. El primero es socioeconómico: son luchas para resistir la mercantilización de la vida, para exigir poner fin a la impunidad de los banqueros responsables de la crisis financiera de 2008, cuestionar la precariedad laboral de un modelo de desarrollo sesgado hacia los propietarios y, en general, son reacciones ante la agudización generalizada de la desigualdad. Son luchas que vuelven a colocar la igualdad y la equidad en la agenda de debates políticos después de varias décadas en las que el neoliberalismo (y por ende, el mercado, la precarización laboral y la celebración de la desigualdad como motor de la competencia) funcionó como el marco cognitivo para buena parte de los funcionarios públicos, políticos y comunicadores.

El segundo rasgo es político. Las insurgencias de 2001 a 2013 manifiestan un cierto hartazgo con los políticos profesionales, los partidos y los sindicatos, es decir, con los aparatos que gestionaron buena parte de acción colectiva de los últimos 150 años de la era moderna. El tipo de consignas coreadas en las protestas lo expresa muy bien. El “No nos representan”, surgido en las acampadas del 15-M y retomado con algunas variaciones en OWS y otras insurgencias durante 2011, apunta directamente a la clase política. Es una

---

<sup>1</sup> Para el caso de la Primavera Arabe se puede consultar a Castells (2012: 65-98), Bayat (2011), Abourahme (2013), Gunther (2011), Roy (2012); de OWS véase Graeber (2011a, 2011b), Castells (2012: 157-208); para el 15M ver Fernández-Savater (2014), Serrano et al (2014), Castells (2012: 115-156).

actualización del “Que se vayan todos, que no quede ni uno solo” de los argentinos. Asimismo, una consigna como “No somos ni de izquierda ni de derecha, somos los de abajo y vamos por los de arriba” indica algo más que una crítica a la política profesional. Los destinatarios del “vamos por los de arriba” son la derecha neoliberal que impulsó las políticas de ajuste pero también las izquierdas que las administraron desde el gobierno. Los manifestantes expresaban su indignación ante la corrupción y el amiguismo de estas izquierdas que no supieron o no quisieron cortar su relación cómoda con un sistema económico excluyente.

El tercer rasgo es la experimentación con maneras de ser juntos consistentes con la dignidad, la justicia y la participación que nos prometía la democracia. Ya he mencionado que esto incluía una crítica a la representación, muchas veces en nombre de esquemas assembleístas, pero no me parece que esto sea lo único y menos aún lo decisivo. La crítica actual a los partidos es distinta a la de las décadas de 1960 a 1980, cuando el despegue de los nuevos movimientos sociales le ponía alas a la idea de *la sociedad contra el Estado*, una frase tomada del título del libro homónimo del antropólogo Pierre Clastres. Las insurgencias del presente no siguen estas coordenadas. Por un lado porque no buscan un simple cambio de actores, como por ejemplo, el reemplazo de la vieja política de las oligarquías partidistas por una política nueva, vital y genuina de los movimientos sociales. Por otro lado porque tampoco pretenden desplazar el lugar del intercambio y la negociación política del Estado o el sistema político hacia la sociedad civil. Lo que está en juego es tal vez más ambicioso pues se refiere a un modo de ver el mundo que desplaza a la topografía de lugares que han servido para representar el espacio de la lucha democrática. Para usar la terminología de Jacques Rancière (1996, 2006), somos testigos de una disputa acerca de la partición de lo sensible en lo que respecta a los lugares y los actores de la acción. Lo que está en juego son los modos de ver, de ser y de hacer característico de la representación territorial, los partidos y la ciudadanía electoral de los últimos ciento cincuenta años de la modernidad. Hay un auge de la conectividad y política viral o distribuida que discutiremos en las últimas dos secciones.

### **Nuestro devenir-otro 1: de la gobernanza institucional a los “stakeholders” transitorios**

Comencemos viendo el impacto de este desplazamiento en el modo de ser juntos. El término “gobernanza” está íntimamente ligado al documento *Gobernanza europea: un libro blanco*, publicado por la Comisión Europea en 2001 como resultado de una investigación acerca de mecanismos para subsanar dos problemas de la Unión Europea, la falta de confianza en sus instituciones y el escaso interés de los ciudadanos de los países miembros por participar en la política europea. El *Libro blanco* propuso incorporar a las ONG, sindicatos, organizaciones empresariales, asociaciones profesionales, expertos del mundo académico, consultores independientes y otros actores de la sociedad civil en el diseño de políticas regionales (Comisión Europea 2001: 11). Esto era innovador en la medida en que abría el gobierno más allá del poder ejecutivo. “La gobernanza europea contemporánea”, dice Paul Margette, “no está atada a instituciones cerradas y no es



prerrogativa exclusiva de políticos profesionales” dado que “se refiere a los esquemas de toma de decisiones que incluyen a un conjunto más vasto de instituciones con una gama igualmente amplia de actores y procesos” (Magnette 2003: 144). La gobernanza es un complemento de la participación y responsabilidad [*accountability*] en las democracias representativas y no su sucedáneo: su función principal radicaría en que puede fortalecer, en el eje vertical, la responsabilidad de las instituciones con el ciudadano y, en el eje horizontal, la responsabilidad entre instituciones (pp. 145, 156).

Un rasgo de la gobernanza es que revoluciona la idea de política al extenderla más allá del liberalismo clásico (que la piensa en términos de ciudadanos electores, representantes, parlamentos y ejecutivos), pero sin pretender reemplazar los criterios liberales de participación, selección de autoridades o de formulación de políticas y el diseño de leyes. Meas bien complementa a la visión liberal de la política; es un suplemento post-liberal de la representación electoral debido a que actores no electos se vuelven coparticipes en actividades relacionadas con lo que antes era algo privativo del poder ejecutivo. La segunda característica de la gobernanza es que se basa en actores ya constituidos y reconocidos, ONG, organizaciones sociales, sindicatos, etc. Todos ellos son *stakeholders*, un término que no debemos confundir con “stockholders” o accionistas de una empresa. Los *stakeholders* son partes interesadas, individuos o grupos que pueden afectar y a la vez son afectados por lo que ocurre en organizaciones, proyectos o actividades de los colectivos de los que forman parte.

Pero, en las sociedades red, ¿no podríamos acaso contemplar a un *stakeholder* que si bien no puede ser definido como desorganizado tampoco se ajusta a la idea de grupos o individuos previamente reconocidos? No son ya los *stakeholders* que tenía en mente el *Libro blanco*, asimilables a categorías de tipo censal (trabajadores, empresarios, universitarios, profesionales independientes, etc.) o aglutinados en organizaciones gremiales. Serían más bien partes interesadas ad hoc o circunstanciales que se configuran en el curso de una lucha y exigen ser escuchados por patrones, autoridades públicas u otros destinatarios sin tener credenciales o atribuciones formales para ser escuchados. Esto no es novedoso en el sentido estricto de la expresión. Hay muchos ejemplos de *stakeholders* situacionales: comités de huelga en empresas que carecen de sindicato, coordinadoras estudiantiles sin atributos formales para negociar con las autoridades universitarias, trabajadores migrantes y/o temporales que exigen un trato digno ante las autoridades y sus empleadores, etc. Estos *stakeholders* son diferentes de los que contempla la gobernanza tradicional pues su identidad no es la de un sujeto ya reconocido sino la de subjetividades circunstanciales debido a que son partes interesadas igualmente circunstanciales.

La puesta en acto de la gobernanza mediante partes interesadas situacionales funciona en paralelo con el modo convencional-institucional de la misma. Sus actores a menudo obtienen un reconocimiento tácito. Tal fue el caso de #YoSoy132, una insurgencia estudiantil y ciudadana que irrumpió en México en la coyuntura electoral de mayo a julio

de 2012. No tenía un estatuto formal como organización o movimiento, no tenía líderes reconocidos y validados como tales, y ni siquiera tenía una dirección física de contacto puesto que se estructuró a través de las redes sociales usando cuentas de Twitter y páginas de Facebook. Pero devino un interlocutor de las fuerzas políticas y un referente de la opinión pública nacional durante la coyuntura en la que actuó, a tal punto que, ante la negativa de los consorcios televisivos de auspiciar un debate entre candidatos presidenciales, #YoSoy132 convocó a los cuatro aspirantes a un debate organizado por ellos mismos. Tres candidatos aceptaron participar y el debate fue transmitido en vivo por internet. El cuarto contendiente, del Partido Revolucionario Institucional (PRI), no lo hizo por temor a quedar en ridículo ante los jóvenes, lo cual es un reconocimiento tácito de la capacidad de movilización y disrupción que tuvo #YoSoy132 en ese momento. Algo similar se puede decir acerca de los colectivos ensamblados en torno a la desaparición de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa: las asociaciones ad hoc de padres, amigos y compañeros de los desaparecidos se convirtieron en interlocutores del gobierno, los medios de la comunicación, los partidos políticos y la opinión pública a pesar de carecer de un estatuto formal como entidades jurídicas o políticas.

La primera consecuencia de esto es que si bien no desaparece la distinción entre política formal y política informal, o entre interlocutores reconocidos e interlocutores ad hoc, las fronteras entre ellos se vuelven más difusas. La interlocución política no depende tanto del grado de institucionalidad de sus participantes (partidos, organizaciones de la sociedad civil, etc.) como de la capacidad que tiene un colectivo para capturar la imaginación de la gente y constituirse en un evento político. Por lo mismo, la gobernanza inicialmente definida como extensión del gobierno hacia la sociedad civil mediante *stakeholders* reconocidos se complementa con una variante situacional de la gobernanza que excede los marcos de la formalidad sin destruirlos.

Una segunda consecuencia es la mutación de la topografía política y social de espacios propios para distintos actores. La gobernanza formal o de primera generación asumía que los *stakeholders* son actores identificados y reconocidos que tienen su lugar propio de aparición: el de los partidos es el sistema político, el de los movimientos y organizaciones sociales es la sociedad civil, al igual que los *stakeholders* del *Libro blanco*, que los define como parte constitutiva de la sociedad civil organizada. La gobernanza situacional, que subvierte la idea misma de espacios definidos para cada actores y de fronteras claras entre sus respectivos ámbitos de operación, hace posible una representación no topográfica del espacio de aparición de las acciones de colectivos que buscan reconfigurar lo dado.

En términos más conceptuales, la gobernanza de segunda generación debilita la lógica de los espacios cerrados o circunscritos y le da más peso a los flujos transversales y a moldes que se reajustan continuamente. Deleuze (1995) ve en esto el tránsito desde las sociedades disciplinarias a las de control, que son metaestables, recombinantes y tener moldes perpetuamente auto-deformables. Teóricos de la multitud como Hardt, Negri y

Virno lo conciben como el paso de una sociedad fordista a otra post-fordista donde la distinción entre trabajo y ocio se borrea desde el momento en que ya no hay un lugar fijo para la producción. Manuel Castells (2012) lo describe como el tránsito de una arquitectura sedentaria a otra de redes. Veremos esto un poco más adelante.

### **Nuestro devenir-otro 2: Las redes sociales, la participación política y los “espectadores”.**

Cuando Marshall McLuhan publicó *Comprender los medios de comunicación* (1996 [1964]) sorprendió a sus lectores diciéndoles “el medio es el mensaje”. Les pedía que dejaran de preocuparse exclusivamente del contenido de la comunicación y comenzaran a estudiar también el papel de los medios en cuanto tales pues, en su hipótesis, estos modificaban las relaciones entre nosotros y con nuestro entorno. Lo ejemplificó mediante el foco de luz, un medio sin contenido o mensaje: la bombilla eléctrica cambió la manera en la que organizábamos el tiempo y distribuíamos el trabajo, el ocio y el descanso. Su objeto de estudio era los nuevos medios de comunicación de masas como la radio y la televisión, que la Escuela de Frankfurt, desde Theodor Adorno hasta exponentes más jóvenes de la misma como Jürgen Habermas veían como algo negativo, sea por el peligro de la banalización de la información, de la generación de un público más homogéneo o unidimensional o de la refeudalización de la esfera pública. McLuhan quería que nos fijáramos en el impacto transformador de los medios en cuanto tales, es decir, ver qué implicaciones tenía para nosotros la ubicuidad de la televisión (y de la radio).

La pregunta sigue siendo pertinente, especialmente en un momento de revolución de las comunicaciones debido a la Web 2.0 y el uso extendido e intensivo de las redes sociales. Las redes han sido celebradas como parteras de formas diferentes de conectarnos entre nosotros y hacer política, pero también se reconoce que tienen un reverso negativo debido a que facilitan la formación, coordinación y acción de redes de pederastas, de trata de personas así como también de opciones políticas contrarias a la igualdad, la tolerancia o la libertad, desde neonazis hasta fundamentalistas religiosos. Se cuestiona también que la vida en línea convierte a la gente en avatares de sí mismos, comunicándose entre sí con una pasión de la cual carecen en el trato interpersonal. Esto puede sublimar la frustración de vidas solitarias pero no cambia un estado de soledad. Y claro, muchos han convertido a las redes en el alfa y omega de su compromiso con lo público, sea limitándolo a dar un clic en “me gusta” a notas colocadas en muros de amigos y conocidos en Facebook, a re-enviar un Tweet llamando a la acción o simplemente firmando una de las tantas cartas de campañas en línea como las auspiciadas a través de la plataforma Change.org. Esto ha hecho que algunos invoquen el neologismo despectivo de “clickactivismo” o “clickdemocracia”. Pero esto es en cierto modo inevitable; las redes sociales, como todo medio, tienen un anverso y reverso.

Me interesa el anverso, su impacto sobre la dinámica de las interacciones en relación con la política o la acción colectiva en sentido amplio. Para examinarlo podemos seguir la

propuesta de McLuhan de que el medio es el mensaje y ver qué tipo de innovación trae consigo el medio llamado Web 2.0.

*Internet y los instrumentos de acceso a ella son nuestro exocerebro.*

En la segunda mitad del siglo XX el acceso a la esfera pública para comunicar propuestas o agrupar a los afines requería de una organización con una estructura de mando y militantes o simpatizantes con capacidad de solventar los gastos de la misma, un medio de comunicación propio o pagado, y acceso a la imprenta para plasmar sus ideas en volantes, panfletos y libros que después debían ser distribuidos por los simpatizantes. Se requería un espacio físico donde reunirse e instrumentos de trabajo especializados, sean las máquinas de escribir de periodistas o investigadores, mimeógrafos que eran una versión más económica de las imprentas offset, fotocopiadoras, etc.

Esto comenzó a cambiar en la década de 1990. Los medios y las máquinas para comunicarnos con el mundo y conectarnos con los afines se convirtieron en dispositivos de uso común y generalizado. La evidencia material de este cambio es la ubicuidad de dispositivos de acceso a las redes tales como teléfonos móviles inteligentes, tabletas, laptops y computadoras de escritorio. Para muchos, el contrato con algún proveedor de servicios de internet (ISP) es parte de los servicios domésticos básicos como la luz, el gas o el agua. Esto no significa que no haya una brecha digital que traslada al ciberespacio las desigualdades de ingreso y capital social. Desempleados, campesinos pobres, obreros y estudiantes divisiones rara vez cuentan con acceso a la red en sus hogares. Pero los excluidos no se quedan necesariamente al margen pues acceden a redes para navegar y conectarse entre sí en el colegio, cibercafés, sitios públicos de WiFi y, en los últimos años, principalmente mediante la telefonía móvil.

El crecimiento exponencial de los teléfonos celulares ha sido espectacular,

**Smartphone Users and Penetration in Latin America, by Country, 2013-2018**

	2013	2014	2015	2016	2017	2018
<b>Smartphone users (millions)</b>						
Brazil	27.1	38.8	48.6	58.5	66.6	71.9
Mexico	22.9	28.7	34.2	39.4	44.7	49.9
Colombia	11.7	14.4	16.3	18.2	19.7	20.9
Argentina	8.8	10.8	12.6	14.1	15.6	17.0
Chile	5.2	6.3	7.1	7.9	8.4	8.9
Peru	4.4	5.8	7.1	8.3	9.4	10.5
Other	16.6	21.3	26.7	31.7	36.4	40.8
<b>Latin America</b>	<b>96.6</b>	<b>126.1</b>	<b>152.6</b>	<b>178.0</b>	<b>200.9</b>	<b>219.9</b>
<b>Smartphone user penetration (% of mobile phone users)</b>						
Chile	41.9%	49.7%	55.5%	60.3%	63.7%	66.3%
Colombia	37.9%	45.3%	50.4%	55.1%	58.4%	60.9%
Mexico	34.3%	41.2%	47.2%	52.1%	57.5%	62.6%
Argentina	30.0%	36.0%	41.0%	45.0%	49.0%	52.6%
Peru	25.9%	31.8%	37.1%	42.3%	46.8%	51.0%
Brazil	20.8%	28.3%	34.4%	40.4%	45.0%	47.6%
Other	19.5%	24.3%	29.9%	34.7%	38.9%	42.8%
<b>Latin America</b>	<b>25.5%</b>	<b>31.9%</b>	<b>37.5%</b>	<b>42.7%</b>	<b>47.1%</b>	<b>50.6%</b>

Note: individuals of any age who own at least one smartphone and use the smartphone(s) at least once per month; numbers may not add up to total due to rounding

Source: eMarketer, Dec 2014

182940

www.eMarketer.com

particularmente entre los jóvenes. En los países ricos ocurre porque la infraestructura y los ingresos lo hacen posible; en la periferia del capitalismo se extendió precisamente por la ausencia de una buena infraestructura de comunicaciones, sea debido a la débil cobertura de telefonía fija en zonas rurales o apartadas, a la calidad de la red de caminos y carreteras o a la disponibilidad de medios de transporte público económico y eficiente. En América Latina el 65% de la población (casi 400 millones de personas) posee al menos un teléfono celular y, como se puede apreciar en la tabla, entre el 34% y el 55% usa teléfonos inteligentes que les permite conectarse a internet (eMarketer 2014).

México es parte de esta tendencia. El censo de población de 2010 revela que hay 112.3 millones de habitantes (cifra que se ha elevado a cerca de 120 millones en 2015) de los cuales 81.5 millones contaban con un celular en 2014 y 33 millones eran teléfonos inteligentes; se estima que para 2019 el número de éstos teléfonos pasará a 73 millones (Lucas 2014). La conectividad se extiende y la comunicación se densifica. Según la Asociación Mexicana de Internet (AMIPCI), actualmente el 51% de la población se conecta a internet y navega un promedio de poco más de 6 horas al día; más del 80% de los usuarios de teléfonos inteligentes los usa para navegar o conectarse a redes sociales (AMIPCI 2015).

El uso de las redes no requiere saberes especializados como educación universitaria o conocimiento de informática. La Web 2.0 se asemeje a una plaza pública: en ella las diferencias de clase y culturales no desaparecen pero la gente practica una democracia de facto dado que cualquiera se siente autorizado a priori para dirigirse a cualquier otro. Y las organizaciones y su gente, si bien siguen siendo importantes, ya no resultan ser imprescindibles para coordinar e impulsar acciones colectivas.

La ubicuidad de internet y nuestra dependencia de ella es tal que se ha convertido en una prótesis prácticamente irremplazable, incluso para la política. Un ejemplo de esto es el conjunto de protestas antiautoritarias de 2010-2011 que englobamos bajo el rótulo de Primavera Árabe. Muchos vieron en ellas el primer gran laboratorio de experimentación con redes sociales para convocar, organizar, coordinar y defender a la gente en las calles y plazas. Muchos citan el caso de la página de Facebook “We are all Khaled Said” creada por Wael Gonim para expresar el hartazgo de los egipcios por el asesinato brutal de un joven en manos de la policía. La página alcanzó 100,000 seguidores en sus primeras semanas y sirvió para convocar la protesta que eventualmente llevaría a la creación de la acampada en la Plaza Tahrir. Los activistas carecían de una infraestructura organizativa pre-existente; las redes fueron imprescindibles para coordinar las acciones. Y para proteger a quienes participaban en las protestas: videos subidos a YouTube, fotos en Flickr y mensajes enviados por Twitter registraban las acciones represivas, documentaban la identidad de los policías involucrados y encontraban su camino en la prensa y las redes sociales de todo el planeta. El derrocado presidente egipcio Hosni Mubarak también descubrió lo difícil que es prescindir del ciberespacio cuando intentó detener la insurgencia concentrada en Plaza Tahrir obligando a las ISP a desconectar a los usuarios de la red. Esto no sólo paralizó a la industria turística, entorpeciendo el flujo de ingresos cruciales para el país, sino que hizo que los 5 millones de usuarios de Facebook y 17 millones de usuarios de internet así como 60 millones de suscriptores de servicios de telefonía móvil respondieran con más movilizaciones en contra de su gobierno autoritario (Tsotsis 2011; Castells 2012: 73-77).

El corolario que podemos extraer de esta discusión es que estos dispositivos, junto con internet, forman parte de nuestro exocerebro o cerebro externo. Tomo prestado el término de un provocador ensayo de Roger Bartra, quien concibe al exocerebro como una serie de “circuitos extrasomáticos de carácter simbólico” (2004). Es una prótesis que

subsana deficiencias de nuestro organismo: “la carne cerebral de los humanos ha buscado fuera del endeble cráneo que la oculta un exocerebro artificial, expuesto a la intemperie, que le proporciona una sólida estructura simbólica en que apoyarse” (Bartra 2004). Pero podemos darle un giro al argumento de Bartra y ver a la prótesis en términos positivo-productivos: en vez de ver al exocerebro como algo en lo que nos apoyamos para sortear deficiencias podemos concebirlo como un suplemento para potenciar el organismo y exponernos a otros modos de ser juntos. La relación entre organismo y suplemento abre la posibilidad de pensar a lo artificial y a lo orgánico como dimensiones que operan en tándem a la manera en que la literatura concibe a la experiencia cyborg, a saber, como una experiencia que no elimina pero sí subvierte las fronteras entre humanos y máquinas (Haraway 2000: 293 y ss.). Esto es lo que ha estado ocurriendo en el encuentro entre el mundo digital del ciberespacio y la experiencia humana individual o colectiva.

Dispositivos como teléfonos o laptops son su parte física, los portales tangibles a través de los cuales entramos en la red de información y a la vez procesamos información. Internet y sus bases de datos son la parte virtual de esa prótesis/suplemento. La interface entre los dispositivos físicos y la virtualidad del ciberespacio conforman el exocerebro de la política contemporánea. Nos permite procesar, organizar, almacenar y transmitir información; nos conecta con los afines y nos ayuda a coordinar y desencadenar acciones.

*La red reduce costos de ingreso en la esfera pública y aumenta la densidad comunicacional.*

El tránsito de máquinas especializadas a instrumentos que forman parte de nuestra vida cotidiana no es banal. Nuestros instrumentos, como las hachas y las lanzas de nuestros antepasados, nos siguen a dónde vayamos. E internet nos rodea inalámbicamente como una atmósfera en la que respiramos información. Este suplemento cognitivo y comunicacional reduce el costo de acceso a la esfera pública. Colectivos que carecen de recursos, de estructura organizativa, reconocimiento formal o siquiera una dirección física pueden conectarse con sus afines a través de las redes sociales a partir de un ISP, un celular o un cibercafé. Una página web, un blog, una cuenta de Twitter o una página de Facebook son ventanas que le dan visibilidad a un colectivo y sus ideas, permiten que gente desconocida se entere de sus posicionamientos y reclamos, y hace que la información que genere circule de manera gratuita.

La interacción en la red también abarata el costo de entrada al espacio público físico: permite generar opinión pública acerca de leyes o políticas gubernamentales, pero también ayuda a impulsar, coordinar y poner en práctica iniciativas en calles y plazas. Como dice Manuel Castells, “La Revolución de Internet no invalida el carácter territorial de las revoluciones a lo largo de la historia. Más bien lo extiende del espacio de los lugares al espacio de los flujos” (Castells 2012: 71).

Pero además el uso de redes sociales permite mantener una comunicación regular entre los integrantes de colectivos, sean estos partidos, organizaciones sociales o grupos ad hoc que se configuran en torno a un tema o una causa. Aplicaciones como WhatsApp y otras similares permiten crear grupos y articular debates entre miembros de una organización de manera rápida y económica. Las páginas de internet son portales ante el mundo pero también una manera de mantener en contacto a los integrantes de colectivos. La interacción no sólo se vuelve barata e instantánea, sino también intensa: la densidad del flujo de información y comunicación ha crecido de manera exponencial.

*La red reduce los riesgos para actuar.*

Hay gente que quiere cambiar el mundo, pero no lo quiere hacer todo el tiempo y aún menos si hacerlo implica estar expuesto a situaciones de violencia, sea por los enfrentamientos con la policía antidisturbios, con manifestantes opuestos a ellos o generada por provocadores que a menudo se infiltran en una marcha o acampada. La manera convencional de participar sin correr el riesgo de peligro físico es firmando un petitorio o una inserción en algún medio de prensa.

Las redes sociales ofrecen otros modos, incluyendo la *clickdemocracia*, pero también sirven para reducir la exposición de la gente a la represión física durante el proceso de convocar y organizar una actividad en las calles. Castells menciona que esto ocurrió en la revolución egipcia. “Internet proporcionaba el espacio seguro donde las redes de indignación y esperanza conectaban. Las redes formadas en el ciberespacio extendían su alcance al espacio y la comunidad revolucionaria formada en las plazas públicas resistió con éxito esta vez la represión policial y se conectó mediante redes multimedia con el pueblo egipcio y el resto del mundo” (Castells 2012: 91). Las redes también crean una suerte de manto invisible de seguridad cuando los manifestantes suben imágenes e información de lo que está ocurriendo en calles y plazas. Esto amplifica su acción y genera una seguridad virtual: alguien, en algún momento y lugar en un mundo con 24 husos horarios está leyendo o viendo por *streaming* las imágenes de lo que está pasando en una marcha o acampada gracias a las redes. Las autoridades que ordenan o avalan la represión de los manifestantes saben que las redes son los ojos y oídos de éstos.

*La red incrementa la velocidad de circulación de información y de respuestas tácticas.*

Hay dos aspectos relacionados con la velocidad de la información. El primero tiene como su precedente la creación de CNN, el primer canal exclusivamente de noticias transmitiendo las 24 horas del día en inglés que debutó en 1980. Esto rompió con los horarios pre-establecidos de los noticieros. Nos arrojó en un mundo en el que la información se volvía planetaria y continua, y donde la distinción entre noticias regulares y de último momento perdía sentido pues CNN funcionaba 24/7. El canal había creado una suerte de Seven-Eleven de la información, siempre abierto.

Al igual que un canal de noticias 24/7, la Web 2.0 carece de un botón de “off”, pero su manera de elaborar la información sufre cambios. Uno de ellos es que ya no es procesada e interpretada por unos pocos profesionales sino por la ciudadanía de a pie. El otro es la nueva modalidad de guerra sucia en el manejo de la información en base a “bots”, software asociado con cuentas de Twitter o Facebook creadas y usadas por partes interesadas para simular una opinión favorable o negativa sobre un tema en la red.

El otro aspecto de la circulación de la información en Internet se refiere al juego táctico de iniciativas y respuestas, o jugadas y contra-jugadas. La lógica aquí es análoga a la que Michel Foucault describía como ejercicio del poder. Este, al igual que gobernar, consiste en acciones “que pueden estructurar el campo de otras acciones posibles” (Foucault 1988: 239). Se trata de un actuar sobre las acciones de otros, donde el encuentro entre esas relaciones de poder y las estrategias de lucha o insubordinación “constituye la una para la otra, una especie de límite permanente, un punto de inversión posible” (p. 243). Este encuentro genera una relación estratégica que se modifica continuamente con las jugadas y contra-jugadas de los involucrados. Esto vale para los espacios físicos y virtuales. En las redes prácticamente toda declaración, iniciativa o movilizaciones, sean en campañas electorales o en acciones de otro tipo, tiene una respuesta casi inmediata. Los contendientes entablan un enfrentamiento continuo a una velocidad que hace dos décadas no podíamos imaginar. Las jugadas y contra-jugadas no ocurren sólo entre los defensores de la libertad: los “bots” intervienen e impiden que veamos a la Web 2.0 sólo como un instrumento de libertad y democracia.

Seva Gunitsky identifica este esquema de iniciativas y respuestas en su estudio sobre los usos anti-democráticos de las redes para generar estabilidad autoritaria en regímenes como los de Rusia, China y el Medio Oriente. Disidentes crean páginas y hacen circular mensajes de denuncia de corrupción o de abuso de poder de las autoridades. Los gobiernos de estos países, dice Gunitsky, se dan cuenta de que no siempre es necesario censurar y bloquear esas páginas. Descubrieron que es más productivo usar las redes para instigar a sus seguidores a que interrumpen marchas opositoras, acosen a miembros de agrupaciones contrarias al gobierno o monitoreen y ataquen sitios de internet de quienes les critican. Los gobiernos también usan las redes para diseminar propaganda de manera más eficiente, emprender campañas de contra-información y moldear el discurso en línea de manera más precisa y adaptativa usando, por ejemplo, denuncias de corrupción para iniciar juicios ejemplares, casi siempre de oficiales de rango medio y bajo (Gunitsky 2015: 44-46).

*La red genera otras formas de empoderamiento para rendición de cuentas.*

En su trabajo pionero sobre internet, el Electronic Disturbance Theatre sostenía que internet no era simplemente un nuevo medio de comunicación sino también un terreno de lucha (EDT 1996). Tenían razón, aunque su propuesta de desobediencia civil electrónica como forma clave de acción en la era digital le hacía perder de vista, dice Wray, la



relevancia de la desobediencia civil tradicional en el espacio físico (Wray 1997). Hoy se ve a la esfera pública de la Web 2.0 como un espacio de intervención paralelo y no alternativo al físico.

La clave aquí es la noción de la red como terreno de lucha. Hace posible un empoderamiento diferente del electoral: si el empoderamiento electoral nos permite designar a nuestras autoridades políticas, que se desprende de los usos de la red se refiere a la rendición de cuentas o *accountability* en las democracias electorales al difundir abusos y excesos, a sabiendas que no siempre permitirán enjuiciar a malos gobernantes pero al menos contribuye a exponerlos. Tal es el caso de WikiLeaks, que entrega información a periódicos impresos y la pone a disposición del público en sitios de internet. Cualquiera puede acceder a ella. Las redes también contribuyen a exponer malas prácticas de los gobernantes, abusos de poder y por supuesto casos de corrupción. Cualquier persona armada de un teléfono inteligente puede filmar a un diputado que abusa de su investidura, un funcionario recibiendo o pidiendo un soborno o a policías golpeando a manifestantes desarmados. Es cierto que las denuncias pueden ser usadas para fortalecer y no debilitar a gobiernos que no son particularmente respetuosos de las libertades y la crítica, pero al menos hay una suerte de panóptico de Bentham al revés: en este caso no son los pocos que vigilan a los muchos sino que éstos hacen un escrutinio de quienes gobiernan.

En México un ejemplo de este panóptico a nivel más formal es *Borde Político* (<http://bordepolitico.com/HOME/>), un portal diseñado para hacer un seguimiento detallado de lo que hacen o dejan de hacer legisladores federales. Permite que cualquier usuario que accede al portal pueda consultar si un diputado ha presentado alguna iniciativa durante su mandato, por cuáles ha votado, cuántas inasistencias ha tenido, etc. *Borde Político* eventualmente incorporará a su portal una opción de WikiLeyes a través de la cual los ciudadanos podrán participar colectivamente en crear o modificar proyectos de leyes que eventualmente podrán encontrar su camino en las versiones finales de las mismas.

### *Los “espectadores”, lugar de enunciación a partir de la Web 2.0*

Augusto Boal, el activista y director de teatro brasilero, habla del espectador como actor. Lo hace en *El teatro de los oprimidos* y luego en *Legislative Theatre* y otros textos más. En las traducciones de su trabajo al inglés aparece el término *spect-actors* para designar a un espectador que desestabiliza la separación ente la audiencia y lo que ocurre sobre el escenario. Como en la *Pedagogía de los oprimidos* de Paulo Freire, Boal propone una pedagogía político-performativa en la que el espectador asuma un papel activo para transformar el entorno vivido de subordinación y miseria (Boal 1980 [1974]: 13-24; Boal 1998: 7, 54). Kant ofrece otra manera de ver la noción de espectador, que me parece más productiva que la de Boal para ver el impacto que tiene el uso de redes sociales en las insurgencias contemporáneas. Dice que la revolución es el signo del este progreso no

tanto por lo que hacen o dejan de hacer sus líderes sino por lo que pasa por la cabeza de los espectadores que tal vez no participan en la lucha callejera pero sin embargo toman partido por un bando u otro (Kant 1999: 103-109). Se trata de una acción, no de una observación pasiva de los eventos: quien expresas sus opiniones en público queda expuesto a las consecuencias que se deriven de ello.

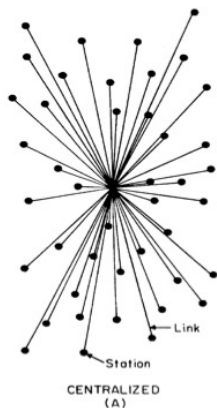
Siguiendo esta idea de un observador que se compromete de alguna manera y con ello corre un riesgo, por más mínimo que éste sea, podemos ver al *espectador* como un modo de subjetivación que desestabiliza la distinción entre actores políticos y espectadores, entre quienes hacen y quienes piensan o hablan acerca de algo. Las redes sociales actualizan y radicalizan el carácter borroso de las fronteras entre observar y actuar. Lo hacen incluso si reconocemos que la efectividad de algunos modos de acción en la Web 2.0 es objeto de polémica.

### **Paul Baran y la comunicación distribuida.**

A continuación quiero proponer una imagen de pensamiento de la totalidad a partir de la conectividad viral que vemos en el ciclo de protestas iniciados en 2011 con la Primavera Árabe. Sería muy fácil (pero también miope e incorrecto) centrarla en el soporte tecnológico brindado por los teléfonos celulares inteligentes o el uso de Twitter y Facebook para generar conversaciones y comunidades virtuales y tantas otras cosas de la Web 2.0. Todo esto es importante, pero sirve como soporte y no como matriz de un modo de conexión que puede funcionar con o sin el componente tecnológico. Una manera de hacerlo es a partir del extraordinario artículo "On distributed communications" publicado por el ingeniero estadounidense Paul Baran en 1964. Usaré la propuesta de Baran porque permite ensamblar el argumento acerca de la comunicación viral de manera más rápida y visual.

Este artículo fue parte de un proyecto financiado por la Fuerza Aérea estadounidense y ejecutado por la Rand Corporation. La investigación se enmarcaba en el enfrentamiento entre la OTAN y el Pacto de Varsovia durante la Guerra Fría. Los planificadores militares estadounidenses asumían que la primera parte de una tercera guerra mundial sería nuclear, y que generaría daños cuantiosos en vidas humanas y en la infraestructura civil y militar de ambos bandos. Pero también creían que luego vendría una guerra convencional y que quien lograra reagruparse mejor y más rápido tendría una ventaja comparativa. La pregunta a la que debía responder Baran era: ¿qué modelo de comunicación militar sería capaz de sobrevivir un ataque nuclear y permitir que los efectivos de la fuerza aérea libran una guerra convencional?

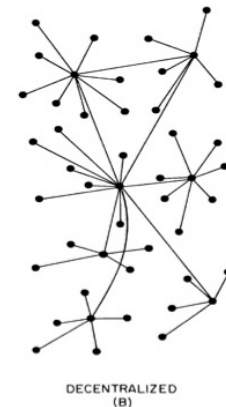
Baran propuso tres opciones que se pueden apreciar en las figuras que aparecen más abajo. Todas ellas fueron sacadas de su documento de 1964. Los puntos sirven para indicar recursos militares (bases con bombarderos, silos con misiles, unidades con cazas, etc.) y las líneas representan los flujos de comunicación entre ellos.



La primera opción es la red *centralizada* que se asemeja a una rueda de bicicleta: en el centro está la unidad de comando y control y en los extremos de los rayos de la rueda se ubican los nodos que representan los recursos militares. Un nodo se comunica con otro a través del centro de comunicación y coordinación. Es un sistema muy económico pero relativamente inútil dado que si el centro recibe el impacto de un misil se pierde toda capacidad de recomponer una fuerza de combate.

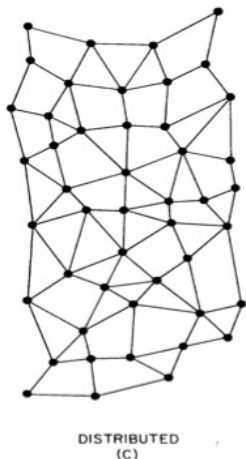
incorpora la redundancia pues los mensajes deben repetirse varias veces y pasar por diversas instancias antes de llegar a su destino. Esto lo hace más caro dado que hay más centros de distribución de mensajes, pero también mejora las chances de que el sistema sobreviva.

La segunda opción, la red de *comunicación descentralizada*, se asemeja a una serie de ruedas de bicicleta interconectadas entre sí. Es un sistema que



La tercera opción es la red de *comunicación distribuida*, donde los mensajes circulan sin pasar por un centro de distribución. Baran ilustra su funcionamiento mediante el juego infantil de la papa caliente: comienza cuando un niño la recibe, la vuelve a lanzar hacia cualquier otro niño

para no quemarse las manos y circula saltando de un niño a otro. Los mensajes en una red distribuida circulan de manera parecida, yendo de un nodo a otro hasta encontrar a su destinatario. Hay un crecimiento exponencial de la redundancia de la señal a lo largo del peregrinaje digital de cada mensaje.



Esta red se va reconfigurando sin un centro de comando y control que funcione como una suerte de director de orquesta del conjunto; las bases que sobreviven simplemente comienzan a enlazarse entre sí para actuar de manera coordinada. La fisonomía de la red resultante es distinta de lo que era inicialmente pues incluye sólo a los nodos que sobreviven. Por eso se dice que una red de comunicación distribuida es recombicante: pasa por una

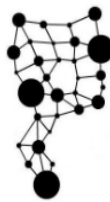
cantidad indeterminada de reconstrucciones y reconfiguraciones, lo cual hace que sea prácticamente indestructible. Para Deleuze y Guattari (1988) esta es una de las características de los sistemas asintomáticos que denominan rizoma. Lo ilustran con el ejemplo de un hormiguero: podemos destruirlo, pero si la reina se salva, se reconstruye en otra parte con las hormigas sobrevivientes.

**Baran recargado: cinco propuestas y dos corolarios acerca de la comunicación distribuida**

Lo que Baran nos ofrece con sus redes de comunicación distribuida es una manera diferente de pensar la totalidad. Ya no se trata de una totalidad expresiva al estilo de Hegel, donde un centro único imprime su sello sobre la diversidad de fenómenos del conjunto, como lo haría, por ejemplo, el modo de producción en las interpretaciones más simplistas del pensamiento de Marx. Baran desquicia este tipo de modelo y nos ofrece algo análogo a un rizoma. Pero necesitamos hacerle algunos ajustes a su esquema para hacer el salto de las comunicaciones militares a la política. Más específicamente propongo cinco ajustes y dos corolarios que menciono brevemente a continuación.

*Todo diagrama es asimétrico.*

Baran representa cada nodo con puntos del mismo tamaño. Esta simplificación probablemente sea por motivos didácticos y no porque creyese que los nodos de una red



son idénticos entre sí. En la práctica, las unidades militares de la propuesta de Baran difieren en lo que respecta a su armamento, tecnología, equipos de comunicación, infraestructura, entrenamiento de sus efectivos, funciones, capacidad logística y a tantas otras cosas. Los sistemas distribuidos generan diagramas recombinantes, pero también asimétricos. Esta asimetría, que se remite a un más y a un menos de fuerza, capacidad o eficacia, no es

un atributo intrínseco de los nodos sino que se debe entender como valor relativo en función a los objetivos de quienes se desenvuelven en la red o diagrama.

*Los diagramas son metaestables.*

La palabra “metaestable” se refiere a un sistema que pasa por varios estados de equilibrio, que tiene un equilibrio débilmente estable a lo largo del tiempo o que cambia continuamente de estado de manera tan imperceptible que para un observador parece que fuera estable. Deleuze (1995) describe a las sociedades de control (que son básicamente sociedades red) como metaestables porque les interesa menos los moldes rígidos que los modos de control basados en una geometría variable de modulación, una suerte de moldes auto-deformables que cambian de un momento a otro. Nuestro diagrama de nodos asimétrico es recombinante y ese proceso de recombinación continua le imprime un carácter metaestable al conjunto.

De hecho debemos hacer más extensivo este término y considerar a la metaestabilidad como rasgo definicional de todo sistema. Lo digo porque solemos definir a la sociedad como un sistema de normas, prácticas, rutinas y agentes cuya conducta está marcada por esas normas, prácticas, etc., pero basta con mirar a nuestro alrededor o leer la prensa para darnos cuenta de que lo que llamamos sociedad es una interacción a veces alegre y despreocupada entre ciudadanos que cumplen las leyes y gozan de la sociabilidad y en otras ocasiones también es una interacción conflictiva entre tráfico vehicular y peatonal, intercambios comerciales, ofertas de servicios, marchas, conversaciones, gritos,

discusiones, gente que se las ingenia para observar las normas de manera selectiva cruzando la calle con luz roja, evadiendo el pago de impuestos o comprando mercadería robada o que no pagan derechos de autor, y tantas otras cosas más. Tal vez por eso Alain Touraine (1986) habló de la inútil idea de la sociedad y propuso definirla a partir de las relaciones entre actores. Según Touraine, de ahora en más debemos ver a la sociedad como un acontecimiento, como mezcla cambiante de negociación y conflicto, de normas parcialmente institucionalizadas y esfuerzos no siempre exitosos por gobernar el entorno.

Esta descripción de la sociedad parece inspirarse en la cosmogonía griega, que concibe al caos como el origen de todas las formas, o tal vez se en la visión del mundo de Nietzsche, como un magma de fuerza en continua transformación. El caso es que si la sociedad es un sistema, sólo puede serlo en el sentido de uno sistema de tipo metaestable: debemos ver a la sociedad como un diagrama o conjunto resultante de las interacciones entre los nodos que generan un sistema-red de equilibrio inestable, cosa que también vale para lo que ocurre al interior de cada uno de los nodos que la conforman.

*El contorno de los diagramas es borroso.*

Mencioné que las líneas que conectan los nodos de una red distribuida sólo indican la conexión o comunicación entre ellos. Sirven para visualizar el diagrama compuesto por los nodos y sus relaciones y para marcar el contorno de la red. Pero podemos suprimir esas líneas. En términos operativos nada cambia pues el flujo de comunicación entre los nodos del perímetro no se interrumpe; lo único que desaparece es la marca visual de esa comunicación. Los sistemas red no tienen ni necesitan una Gran Muralla China que indique de manera clara y distinta cuál es el sistema y cuál es su entorno, dónde está el adentro y el afuera. El sistema funciona perfectamente bien a pesar de la permeabilidad o porosidad de sus fronteras. Es como cuando el capitán de la aeronave anuncia a los pasajeros que están cruzando la línea del Ecuador o que el avión ha dejado el espacio aéreo estadounidense para ingresar en el mexicano. No hay líneas visibles que marquen la mitad del mundo o que identifiquen las fronteras entre los países de un sistema inter-estatal. Los pasajeros podrán mirar por las ventanillas pero todo lo que van a lograr percibir es una topografía desprovista de marcas sobre el terreno. Aún así saben que hay algo llamado “línea del Ecuador” que no existe como una línea trazada sobre ese país sino sólo como una ubicación geo-espacial y que existe una frontera sumamente controlada entre Estados Unidos y México; la diferencia de color que los mapas colocan sobre la geografía de ambos países es sólo un soporte visual con un propósito didáctico. Podemos prescindir de la prótesis gráfica proporcionada por las líneas entre los puntos/nodos del perímetro de un diagrama.



Lo mismo se puede decir de las representaciones topológicas del espacio. Tienen una función didáctica en la medida en que permiten transmitir ideas complejas de manera

sencilla, pero lo hacen a costa de generar una imagen estática de una estructura. Por ejemplo, la división tripartita de Estado, sistema político y sociedad civil. El Estado arriba

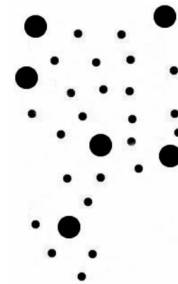


afirma su primacía sobre los demás segmentos, la sociedad civil abajo sugiere una posición subordinada en el conjunto mientras que el sistema político en el medio sirve para indicar una mediación o conexión entre los otros dos. Pero no hay lugares claramente delimitados para estos ámbitos. Además, en las redes no hay arriba o abajo, y tampoco hay claridad acerca de dónde está la frontera entre uno y otro. En un golpe de Estado nadie toma un autobús y pide que lo lleve a las barricadas pues la división entre los bandos combatientes nunca es tan clara como para

configurarse como piezas en un tablero de ajedrez. Expresiones como “las alturas del poder” o la “clase baja” son igualmente problemáticas. Nos remiten a una espacialidad estática y a una jerarquía a priori. La comunicación distribuida ofrece una opción para pensar el espacio de otra manera.

#### *Un diagrama tiene profundidad*

Borrar las líneas conectoras entre los nodos del perímetro de la imagen de la comunicación distribuida de Baran es sólo un paso. El siguiente es borrar también a todas las demás, con lo cual, visualmente, sólo queda un conjunto de puntos o nodos que representan bases militares, o si queremos ser más precisos, una heterogeneidad de grupos, prácticas de resistencia, modos de gobernar, etc. Lo que ya no vemos es la gráfica de las conexiones entre nodos. A primera vista da la impresión de que desaparece el sistema, pero no es así. Como en el ejemplo del vuelo en relación con las fronteras nacionales, los viajeros no pueden diferenciar a los países como lo harían al mirar un mapa —por sus colores, por los nombres impresos sobre su representación, o por líneas que indican la ubicación de las fronteras. Ven un espacio diferenciado sólo por la orografía del terreno. Pero a la ausencia de colores, etiquetas o líneas fronterizas no impide hablar de una partición del mundo en espacios nacionales diferenciados y de un sistema interestatal. Las líneas conectoras de las redes son una prótesis visual, no lo que define la sistematicidad en cuanto tal.



Las ilustraciones proporcionadas por Baran representan a las redes distribuidas en un espacio bidimensional. Ello posiblemente se debe a que quisiera exponer el modelo de manera esquemática. Pero si bien la reducción de complejidad es útil para fines didácticos también genera algunos problemas debido a que borrea las sutilezas y

lleva a algunos esquematismos. Una representación bidimensional lleva a la errónea impresión de que los observadores, o al menos algunos de ellos, son como jugadores de damas que miran el tablero y abarcan la totalidad del diagrama de nodos. Eso es a todas luces improbable. Todo observador está siempre situado; mira al mundo desde un lugar y un ángulo específico, por lo que el resultado de la observación no puede referirse a la totalidad en un sentido genérico sino a una perspectiva siempre parcial.

Marx lo decía a su manera: la visión del mundo depende del lugar que ocupemos en la estructura del modo de producción. Será distinta dependiendo de si se lo observa desde el lugar de los patrones que poseen los recursos económicos o desde la óptica de la miseria de trabajadores que sobreviven a duras penas con un salario mínimo. Lo mismo dice Nietzsche acerca del apropiarse del mundo como opción siempre situada, o Michel Foucault cuando discute a Nietzsche y describe el conocimiento como algo perspectivo. Podríamos ponerlo de manera menos cargada a la historia de las ideas e imaginarnos lo que ve un viajero espacial. Arriba o abajo no tienen mayor sentido para él. La observación depende de hacia dónde mire a medida en que se desplaza: los objetos ubicados en otra dirección necesariamente caen fuera de su campo de visión. Por eso necesitamos introducir en el esquema de Baran una tercera dimensión, la profundidad, para dar cuenta de que la observación de un sistema red se hace desde un ángulo específico y nos obliga a renunciar a toda pretensión de omnisciencia.

*Corolario 1: La identidad de un diagrama es como la de una bandada de pájaros.*

El asunto es ver cómo entendemos la sistematicidad de un diagrama, algo que mencioné al hablar de eliminar de las líneas conectoras entre nodos pues ellas funcionan sólo como prótesis visual de un diagrama. A diferencia de lo que proponía Locke, quien se refirió a la comunidad política como el “body politick” o cuerpo político, en los sistemas red el cuerpo no puede funcionar como metáfora de la sociedad. La portada del *Leviatán* representaba al soberano como un hombre gigantesco compuesto por una enorme cantidad de hombrecitos, sus súbditos. La democracia rompe con la idea del cuerpo del soberano como metáfora de la unidad de la sociedad; la comunicación distribuida la vuelve un arcaísmo irrelevante.

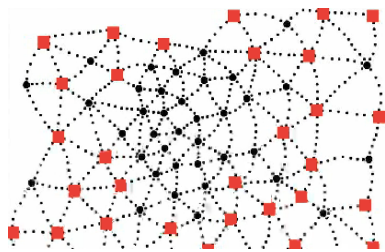
La sistematicidad o identidad del conjunto de nodos de una red asimétrica, metaestable, recombinante y con la dimensión de profundidad que caracteriza a un diagrama se debe entender como el estado del juego de relaciones o conexiones entre nodos en un momento dado. Totalidad es lo que los nodos hacen juntos. Francisco Bastera (2012) usó una metáfora apta para esto. Habla de “una bandada de pájaros individuales, sin conexiones políticas convencionales, que sólo pueden identificarse por lo que hacen juntos”. En esta bandada hay coordinación y acción mancomunada en una coreografía infinitamente recombinante sin necesidad de tener un punto de comando central dirigiendo a cada una de las partes.

Wikipedia es un ejemplo de este tipo de cooperación. Es una enciclopedia en línea, pero también funciona como lo que Michael Hardt y Antonio Negri denominan, siguiendo a Marx, una puesta en acto del intelecto general que, para estos autores, es el principio de unidad del sujeto colectivo que denominan multitud. En el caso de Wikipedia este intelecto se refiere a una inteligencia colectiva resultante del trabajo de miles de colaboradores anónimos que construyen cotidianamente la base de información más ambiciosa y consultada del planeta. Lo hacen sin tener a alguien encargado de seleccionar a los participantes, coordinar sus tareas, evaluar su desempeño, castigar a los menos eficientes o premiar a los más productivos. No es que los artículos surjan de manera espontánea sino que el modelo de trabajo de Wikipedia permite la cooperación sin necesidad de contar con una instancia superior de toma de decisiones como lo es, por ejemplo, el comité editorial de los proyectos más convencionales. Otro ejemplo de inteligencia colectiva al estilo de Wikipedia es la ocupación de plazas públicas por parte de los indignados españoles durante el 15-M. Se basó en comunidades urbanas auto-gestionadas sin jerarquías en las que los roles de cada uno rotaba regularmente. Esto nos indica que hay formas de colaboración que producen resultados —como una enciclopedia o la ocupación de un espacio público— a pesar de no tener un centro de comando y control o un director de orquesta coordinando a los ejecutantes.

La bandada de pájaros es, pues, una imagen visual de una totalidad de tipo distribuida, que corresponde a su vez a un rizoma, esto es, la noción de totalidad excéntrica y recombinante propuesta por Deleuze y Guattari. Pero, como toda metáfora, ésta facilita la expresión de una idea a costa de una reducción de complejidad que deja de lado cosas que deben contemplarse más tarde. Por ejemplo, en una bandada de pájaros no vemos el elemento de negatividad propio de las oposiciones entre colectivos antagónicos, discrepancias y disidencias entre participantes, el uso de estrategias de persuasión para convencer a los indecisos, el intercambio clientelar de favores por votos o lealtad, las crisis resultantes de la ruptura de acuerdos vinculantes, y el largo etcétera de experiencias conflictivas que pueblan la vida de los colectivos. La imagen de la bandada sirve sólo como prótesis visual, no como sucedáneo de la politicidad de un diagrama.

*Corolario 2: El diagrama se desmarca de las representaciones topográficas de la sociedad.*

La versión modificada del esquema de comunicación distribuida de Baran se caracteriza por la asimetría en el peso y la efectividad de cada nodo, por la naturaleza metaestable del conjunto, la profundidad o tridimensionalidad de la red o diagrama y por la identidad basada en la relación entre nodos que se coordinan sin un director de orquesta. Esta manera de concebir a los sistemas de conexión y acción mancomunada demuestra los límites de representaciones topográficas de la sociedad en términos de un modelo base-superestructura y las visiones jacobinas al cambio como refundación radical del orden. En un diagrama, el





colapso de uno o más nodos no implica el colapso del sistema sino su reconfiguración con los nodos existentes. Como mencioné en el ejemplo de la colonia de hormigas, el diagrama de nodos es recombinante: en él, toda transformación está condenada a embarcarse en interminables guerras de interpretaciones y a tejer y destejer regiones del diagrama sin posibilidad alguna de encontrar el camino para deshacer definitivamente las bases de un orden que carece de un plano fundante.

## Referencias

Abourahme, Nasser (2013), “‘The Street’ and ‘the slum’. Political form and urban life in Egypt’s revolt”, *City: analysis of urban trends, culture, theory, policy, action*, vol. 17, no. 3, pp. 716-728.

AMIPCI, Asociación Mexicana de Internet (2015), presentación del “Estudio de Hábitos de los Usuarios de Internet en México”, <https://www.amipci.org.mx/es/noticiasx/2241-alcanza-internet-el-51-de-penetracion-entre-los-usuarios-potenciales-de-mexico-amipci>. Página consultada en junio 2015.

Bartra, Roger (2004), “La conciencia del exocerebro: Una hipótesis sobre los sistemas de sustitución simbólica”, *Letras Libres*, <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/la-conciencia-del-exocerebro>. Página consultada en línea en abril de 2015.

Baran, Paul (1964), “On distributed Communications: I. Introduction to Distributed Communications Networks”, Santa Monica, Calif.: The Rand Corporation, Memorandum RM-3420-PR.

Bayat, Asef (2011), “A New Arab Street in post-Islamist Times”, *Foreign Policy*, 26 de enero, [http://mideastafrica.foreignpolicy.com/posts/2011/01/26/a\\_new\\_arab\\_street](http://mideastafrica.foreignpolicy.com/posts/2011/01/26/a_new_arab_street). Página consultada en línea en enero de 2015.

Boal, Augusto (1980), *Teatro del oprimido 1*, México: Nueva Imagen.

Boal, Augusto (1988), *Legislative Theatre: Using Performance to Make Politics*, Londres y NY: Routledge.

Castells, Manuel (2012), *Redes de indignación y esperanza. Los movimientos sociales en la era del Internet*, Alianza Editorial: Madrid.

Comisión Europea (2001), *La gobernanza europea: un libro blanco*, Bruselas: COM (2001) 428. El documento completo puede obtenerse de <http://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/PDF/?uri=CELEX:52001DC0428&qid=1408728124493&from=EN> Página consultada en línea en marzo de 2015.

Critical Art Ensemble, (1996), “Desobediencia civil electrónica”, [http://aleph-arts.org/pens/dec\\_simul.html](http://aleph-arts.org/pens/dec_simul.html). Página consultada en línea en febrero 2015.

Deleuze, Gilles (1990) “¿Qué es un dispositivo?”, en *Michel Foucault filósofo*, Barcelona: Gedisa, pp. 159-168.

Deleuze, Gilles (1995), “Postcripto sobre las sociedades de control”, en *Conversaciones*, Valencia: Pre-Textos, pp. 277-286.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1988), *Mil Mesetas*, Valencia: Pre-Textos.

Derrida, Jacques (1977), *Posiciones*, Valencia: Pre-Textos.

Critical Art Ensemble (1996), “Desobediencia civil electrónica”, [http://aleph-arts.org/pens/dec\\_simul.html](http://aleph-arts.org/pens/dec_simul.html). El libro entero en inglés disponible en <http://www.critical-art.net/books/ecd/>. Página consultada en línea en enero de 2015.

Escobar, Arturo (2010), “Latin America at a Crossroads”, *Cultural Studies* 24 (1): 1-65.

eMarketer (2014), “Colombia Joins Top Three Smartphone Markets in Latin America”, <http://www.emarketer.com/Article/Colombia-Joins-Top-Three-Smartphone-Markets-Latin-America/1011750#sthash.qcZmjBeA.dpuf>. Página consultada en línea en mayo 2015.

Fernández-Savater, Amador (2014), “Política literal y política literaria (sobre ficciones políticas y 15-M)”, en Eunáte Serrano, Antonio Calleja-López, Arnau Monterde y Javier Toret (eds.), *15MP2P: Una mirada transdisciplinar del 15-M*, Barcelona, pp. 157-170, disponible en [http://tecnopolitica.net/sites/default/files/15MP2P\\_Mayo2014.pdf](http://tecnopolitica.net/sites/default/files/15MP2P_Mayo2014.pdf). Página consultada en línea en marzo de 2015.

Foucault, Michel (1988), “El sujeto y el poder”, en Hubert Dreyfus y Paul Rabinow, *Michel Foucault: Más allá de la hermenéutica y el estructuralismo*, México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, pp. 227-244.

Graeber, David (2011a), “On Playing By The Rules —The Strange Success of #OccupyWallStreet”, <http://www.nakedcapitalism.com/2011/10/david-graeber-on-playing-by-the-rules-%E2%80%93-the-strange-success-of-occupy-wall-street.html>. Página consultada en línea en enero de 2015.

Graeber, David (2011b), “Occupy Wall Street's Anarchist Roots”, <http://www.aljazeera.com/indepth/opinion/2011/11/2011112872835904508.html>. Página consultada en línea en enero de 2015.

Gunitsky, Seva (2015), “Corrupting the Cyber-Commons: Social Media as a Tool of Autocratic Stability”, *Perspectives on Politics*, Vol. 13, No. 1, pp. 42-54.

Gunther, Paul (2011), "Tahrir Square —Where Social Media Found a Footing: Traditional Urban Plazas as Crucible of Change", *The Huffington Post*, 18 febrero 2011, [http://www.huffingtonpost.com/paul-gunther/tahrir-square-social-media\\_b\\_824795.html](http://www.huffingtonpost.com/paul-gunther/tahrir-square-social-media_b_824795.html) Página consultada en línea en enero de 2015.

Haraway, Donna (2000), "A Cyborg Manifiesto" [1991], en David Bell y Barbara M. Kennedy (eds.), *The Cybercultures Reader*, Routledge: London y New York, pp. 291-324.

Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Paidós: Madrid.

Lucas, Nicolás (2015), "México despegará con el 4G y el Internet móvil en 2019", *El Economista*, <http://eleconomista.com.mx/tecnociencia/2015/03/06/mexico-despegara-4g-internet-movil-2019>. Página consultada en mayo 2015.

Macpherson, C. B. (1968), *La realidad democrática*, Barcelona: Fontanella.

Magnette, Paul (2003), "European Governance and Civic Participation: Beyond Elitist Citizenship?", *Political Studies*, Vol. 51, No. 1, pp. 144-160.

McLuhan, Marshall (1996 [1964]), *Comprender los medios de comunicación*, Barcelona: Paidós.

Mignolo, Walter (2007), "Rafael Correa: it is 'change of epoch' rather than 'an epoch of changes'", <http://waltermignolo.com/rafael-correa-it-is-change-of-epoch-rather-than-an-epoch-of-changes-1/> Página consultada en línea en enero de 2015.

Rancière, Jacques (1996), *El desacuerdo: Política y filosofía*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, Jacques (2006), "Diez tesis sobre la política", en Iván Trujillo (ed.) y María Emilia Tijoux (trad.), *Política, policía, democracia*, Santiago: LOM Ediciones, pp. 59-79.

Roy, Oliver (2012), "The Transformation of the Arab World", *Journal of Democracy*, Vol. 23, No. 3, pp. 5-18.

Serrano, Eunáte, Antonio Calleja-López, Arnau Monterde y Javier Toret (eds.) (2014), *15MP2P: Una mirada transdisciplinar del 15M*, Barcelona, pp. 157-170, disponible en [http://tecnopolitica.net/sites/default/files/15MP2P\\_Mayo2014.pdf](http://tecnopolitica.net/sites/default/files/15MP2P_Mayo2014.pdf) Pagina consultada en línea en febrero de 2015.

Touraine, Alain (1986), "La inútil idea de la sociedad, el hombre, las ideas y las instituciones", en Fracisco Galván Díaz (comp.), *Touraine y Habermas: Ensayos de teoría social*, México: UAM-A/UAP, pp. 91-99.

Tsotsis, Alexia (2011), "Mubarak Shut Down the Internet, and the Internet Paid Him in Kind", *Techcrunch*, <http://techcrunch.com/2011/02/11/feb11/> Página consultada en línea en febrero 2015.

Virilio, Paul (2008), *Pure War*, Nueva York: Semiotext(e)/Foreign Agents.

Virno, Paolo (2003), *Gramática de la Multitud*, Madrid: Traficantes de Sueños.

Wray, Stephan (1997), "Electronic Civil Disobedience and the World Wide Web of Hactivism: A Mapping of Extraparliamentarian Direct Action Net Politics", *Switch*, Vol. 4, No. 2, 1997, <http://switch.sjsu.edu/web/v4n2/stefan/> Página consultada en línea en febrero 2015.